

Esto en cuanto á lo criminal; en materia de derecho civil Diocleciano, en el año 294, abolió el procedimiento por jurados, y desde entonces se administró la justicia en nombre del emperador, en vista de la informacion y relacion de los funcionarios encargados de entender en las causas, especialmente de los gobernadores en las que habian de pasar por su índole al tribunal del emperador.

Con una energía enteramente especial se dedicó Diocleciano á la reforma del ejército, para hacer imposibles en adelante las sediciones militares y aumentar la fuerza defensiva del imperio. Este trabajo quedó facilitado en gran manera con la separacion definitiva de los poderes civil y militar; aquí sin embargo nos limitaremos á indicar las reformas en globo, porque la exposicion completa corresponde al reinado de Constantino. Como ya hemos visto, Diocleciano prescindió enteramente de la antigua guardia pretoriana, como si no existiese, y en cambio destinó para guardia de corps de su persona y de la de su colega Maximiano dos legiones, una para cada uno, compuesta de 6,000 soldados ilirios escogidos y muy prácticos en el manejo de un arma temible, un dardo arrojado relleno interiormente de plomo. La legion destinada á la guardia de Diocleciano recibió el nombre de Joviana, y la otra, dedicada á Maximiano, el de Herculana. La fuerza armada terrestre fué dividida, perfeccionando el sistema introducido por Alejandro Severo, en ejército activo y móvil, y en fuerzas fronterizas sedentarias, es decir, colonos militares, para guardar y defender sus respectivas fronteras. Diocleciano aumentó considerablemente el número de una y otra fuerza, conforme era preciso, teniendo que oponer grandes ejércitos simultáneamente en tres ó cuatro fronteras á otras tantas masas formidables de enemigos. Ignoramos el aumento numérico; mas adelante veremos aumentado tambien grandemente el número de las legiones; pero parece fuera de duda que las plazas de muchas de ellas no llegaban al total que habian tenido en reinados anteriores.

El nuevo arreglo administrativo y el aumento del ejército imponian nuevas y grandes cargas al tesoro, agobiado como estaba ya por las consecuencias de las pasadas guerras interiores y exteriores y por la espantosa crisis monetaria. Dificilísima era la mision de arreglar este ramo que se impuso Diocleciano, y no es extraño que se levantaran contra él quejas furibundas por las cargas inaguantables que agobiaban al pueblo contribuyente. Sin embargo, la abolicion del antiguo privilegio que eximia al territorio de Italia de contribucion, y que era uno de los fundamentos de estas quejas, fué una medida justa, y por otro lado las circunstancias exigian que los demás impuestos que gravitaban sobre la poblacion rural en general y sobre los colonos en especial, continuasen como antes. Por lo demás, Diocleciano gobernó con economía y excelente criterio, y no deseaba sino aliviar al contribuyente. Así, ya por satisfacer este deseo, ya por motivos políticos, libró al pueblo bajo, en las ciudades demasiado recargadas, del impuesto de la capitacion, que pagaban todos aquellos individuos que no tenian propiedad inmueble, es decir, la clase pobre. Otra reforma importantísima de Diocleciano fué la monetaria, que emprendió de nuevo con su habitual energía pero que como otras reformas tocó á Constantino perfeccionar. Respecto del oro, no tuvieron éxito los esfuerzos de Diocleciano, porque si bien acuñó piezas de seis gramos para rehabilitar el áureo antiguo y que sirvieran como este de base del sistema monetario romano, sus sucesores y los de sus colegas volvieron á rebajar la ley, la cual hasta el año 312 osciló entre 4'39 y 5'93 gramos, con la consiguiente confusion de precios. Mejor éxito tuvo la reforma de la moneda de plata, que quedó arreglada definitivamente. Desde el año 292 volvió Diocleciano á acuñar resueltamente en

gran escala moneda de plata de ley y á recoger las piezas peores, dejando en circulacion las demás para las necesidades del cambio, á un tipo nominal un poco mas elevado que el valor intrínseco.

Tambien hizo acuñar un nuevo denario de plata de buena ley y del peso del neroniano, es decir, noventa y seis piezas en libra. Igualmente restableció la acuñacion formal de las monedas de cobre entre los años 296 y 302, dejando en curso como tales las antiguas monedas de plata falsas y rebajadas á su valor verdadero. Las casas de moneda conocidas de aquella época funcionaban en Roma, Aquileya, Arles, Lyon, Tréveris, Siscia, Nicomedia y Alejandría.

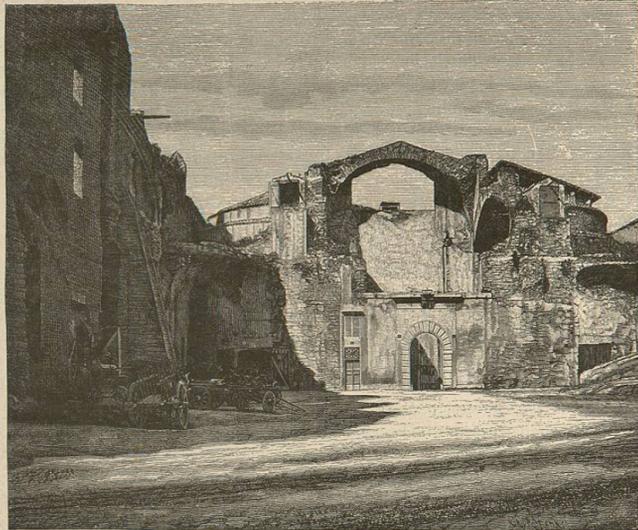
Considerado en globo el gobierno de Diocleciano, que habia tomado por modelo el de Marco Aurelio, merece ser calificado de muy benéfico; la plaga de las invasiones de bárbaros y la de los pronunciamientos militares habian desaparecido; el imperio se presentaba robusto; su trazado interior era firmísima, y á su cabeza estaba un hombre de rara inteligencia, de una actividad asombrosa, animado de las mejores intenciones, y de una benevolencia verdaderamente paternal. Sin embargo, Diocleciano procuraba hacer recaer sobre sus co-emperadores, consejeros y subordinados la responsabilidad del mal efecto de todas las medidas odiosas que tan á menudo eran ineludibles, reservándose para sí la gloria de la distribucion de las mercedes y de la adopcion de disposiciones benéficas; de este modo, cuando veía en peligro la majestad imperial, procedia sin consideracion ni misericordia. Otras veces tambien se equivocaba en sus cálculos y medidas, como le sucedió con su edicto del año 301 fijando precios máximos para todos los artículos de primera necesidad y en todo el ámbito del imperio, amenazando con pena de muerte á los contraventores. El objeto de este edicto era principalmente librar á la tropa de una terrible carestía, aumentada por los especuladores y causada por varias malas cosechas en la parte oriental del imperio; pero inútil es decir que no lo consiguió.

En tiempo de Diocleciano ejecutáronse tambien innumerables obras públicas en muchísimos puntos del imperio, ya de fortificacion, ya de lujo y de utilidad; aquellas para reforzar las fronteras, desde las embocaduras del Rin hasta el Eufrates, el Tigris, la Siria, la Arabia y el Egipto, y estas para hermosear á las diferentes capitales nuevas, como Tréveris, Milán y Nicomedia, y dotarlas de los edificios y otras obras necesarias y de lujo, ó para contentar á poblaciones importantes y levantiscas, como Antioquía y Cartago. Las obras mas importantes de esta época son el circo de Verona y unas termas, las mas gigantescas de Roma, mayores que las de Caracalla, porque su perímetro era de doce mil pasos. Se cree que estas termas se empezaron en tiempo de Diocleciano, porque se abrieron al público pocos dias despues de su abdicacion. Además tuvieron Diocleciano y Maximiano el buen tacto de restaurar en Roma muchas grandes obras desmoronadas y algunas destruidas por un incendio en tiempo de Carino. Existen todavia restos importantes del circo de Verona y de las termas mencionadas, en especial varias salas grandes de estas últimas con sus principales detalles arquitectónicos, como la gran sala central, que probablemente fué el tepidario y es hoy la iglesia de Santa María de los Angeles. Su peristilo es el antiguo sudatorio; y una rotunda de aquellas termas que tiene veintidos metros de diámetro, es hoy la iglesia de San Bernardo. Las termas, construidas con todo el lujo de aquella época, estaban calculadas para tres mil doscientos bañistas, y dotadas de obras de arte y de todos los recreos accesorios, sin faltar la biblioteca, que era la ulpiana, trasladada allí desde el foro Trajano.

Si rico fué en grandes creaciones arquitectónicas el pe-

riodo de la restauracion del imperio, no fué desgraciado en producciones literarias, bien que se redujeron casi exclusivamente á prosa oratoria. En el mundo griego trabajaban los profesores de elocuencia con empeño y buen éxito, principalmente en Atenas, para elevar nuevamente á su mayor altura las letras griegas, cuyo carácter especial no adquirió todo su desarrollo hasta el tiempo de los Constantinos. La retórica latina en cambio encontró activos cultivadores principalmente en la Galia, primero en el Mediodía, en Marsella, Narbona, Tolosa y Burdeos, donde habian hecho menos estragos las calamidades del siglo III. Despues habian vuelto á adquirir fama los centros de enseñanza de Autun, luego los de Reims y Tréveris; y á consecuencia de la viveza y

facilidad de expresion del pueblo celto-romano, sus obras literarias, comparadas con las de los romanos africanos, que eran de estilo oscuro y alambicado, se distinguian por su elegante, pulido, variado y correcto lenguaje, bien que los africanos les llevaban la ventaja en la riqueza de ideas. De estos elementos surgió la literatura de los llamados panegíricos, obras de literatos de la escuela antigua de Plinio el Menor, y en cuanto al estilo, bien torneado y nutrido, de la de Ciceron, los cuales lucian su retórica en discursos apologeticos en honor de los dueños del occidente en la corte de Tréveris. El mas notable entre estos literatos fué Eumenio, que nació por el año 250 y tanto bien hizo á su ciudad patria, Autun, conforme relatamos ya en otra parte.



Restos de las termas de Diocleciano en Roma

La historia, por supuesto la romana, tuvo por representantes principales entonces á Elio Esparciano, Vulcacio Galicano y Trebelio Polion, que pertenecen á los llamados «Narradores de la historia de los emperadores» desde Adriano hasta Numeriano, y que aprovecharon en las biografías que se les atribuyen, ricas fuentes griegas y romanas, pero desgraciadamente sin talento ni mérito literario.

Mucho mas importantes por su instruccion y número fueron dos literatos cristianos de aquel tiempo: el apasionado y contundente retórico Arnobio, natural de Sicea en Numidia, que escribió por el año 295 una polémica enérgica contra los cultos antiguos, con el objeto de justificar su conversion al cristianismo; y su discípulo el retórico Lactancio Firmiano, descendiente al parecer de Italia, que ya de edad madura se convirtió al cristianismo, siendo profesor de elocuencia en Nicomedia. Lactancio era de condicion pobre; pero su profundo estudio de los autores clásicos, sus conocimientos vastos, su conviccion ardiente y preclaro talento hicieron de él el Ciceron cristiano, como se le ha llamado por su estilo correcto, flexible y pulido, cualidades que entonces habian llegado á ser rarísimas. Durante años escribió con sorprendente fecundidad obras religiosas didácticas y apologeticas en favor de la religion cristiana, mostrándola como la suma verdad. Sus obras posteriores, cuando se halló en condiciones mas brillantes, son mas fogosas y mas acres.

CAPÍTULO II

LA POSTERA LUCHA DEL MUNDO ROMANO CONTRA EL CRISTIANISMO. LOS COLEGAS DE DIOCLECIANO

Los estudios históricos modernos han demostrado que si Diocleciano hubiese muerto, ó se hubiese retirado á la vida privada, en el año 303, seria mirado sin duda alguna por la posteridad como uno de los varones mas grandes y meritorios del mundo romano. Pero la actitud que tomó respecto del cristianismo en el último período de su reinado le hizo perder esta gloria, sin que lograran él ni sus sucesores el objeto que se propusieron, y el nombre de Diocleciano se pronuncia todavía hoy con odio y horror por casi todo el mundo civilizado.

Si se considera que Diocleciano era personalmente religioso por conviccion profunda á la manera del mundo pagano, y que se dedicó con toda su fuerza vital y toda su alma á la regeneracion del imperio, se comprende que para él fuera el enaltecimiento de los cultos antiguos una base principal de la restauracion y purificacion del Estado, y que por consiguiente la actitud que debiera adoptarse respecto de los súbditos cristianos fuese á su juicio una cuestion de grandísima importancia que merecia ser profundamente meditada. Desde el edicto de tolerancia de Galieno, es

decir, desde la generacion anterior, los cristianos habian llegado á ser una potencia en el imperio de la cual no podia prescindirse. No eran ya una comunidad de esclavos, libertos y gente de baja condicion como lo habian sido muchos años antes, sino que la nueva religion, en tiempo de Diocleciano, habia penetrado en todos los puntos del imperio, en el ejército, y sobre todo en las clases ilustradas. El número de personas romanas y griegas de educacion estética, filosófica y retórica, que habian reconocido la vaciedad de los cultos antiguos y buscando la paz del alma habian ingresado por conviccion en el gremio cristiano, habia crecido enormemente de generacion en generacion. A pesar de esto todavía los cristianos, numéricamente considerados, eran una minoría muy modesta en el imperio, y quizás no ande muy lejos de la verdad aquel cálculo segun el cual formaban una dozava parte de la poblacion total en tiempo de Diocleciano, es decir, un quinzavo en la parte occidental y un décimo en la parte oriental, especialmente al Este de Tesalónica y Negroponto. La desproporcion era grande; pero lo que faltaba á los cristianos en número lo suplían en union, fuerza moral y organizacion admirable. Respecto de moralidad y buena conducta, estaban los cristianos en tiempo de Diocleciano muy por encima, generalmente hablando, de la gran masa pagana; entre ellos era todavía viva la fe en la vida eterna, y su influencia sobre las almas sencillas y nobles iba en aumento. En el cristianismo encontraba el esclavo la libertad moral, la igualdad y la fraternidad, y el desvalido y necesitado la caridad inagotable, especialmente en Roma, á pesar de todos los abusos. La memoria de innumerables mártires heroicos comunicaba á las generaciones que se sucedian un valor inquebrantable y que no se doblegaba ante ninguna persecucion: valor necesario hasta en períodos relativamente tranquilos, porque aun entonces la situacion de la comunidad y del individuo cristiano era muy precaria. Hasta el reinado de Diocleciano ninguna divergencia habia llegado á amenazar la union cristiana; y las exageraciones, el ascetismo morboso y fantástico, y las no menos morbosas imágenes especulativas de filósofos pedantes, no habian podido echar raíces en el gremio de la Iglesia, todavía amplio y fuerte para poder abrigar, sin mengua de su espíritu, opiniones muy opuestas en materia de disciplina y hasta de dogma. Pero la Iglesia iba ya entonces perdiendo con bastante rapidez este espíritu de democrática libertad, tanto en materia de disciplina como de dogma; la diferencia entre eclesiástico y seglar se habia hecho muy marcada, y la organizacion episcopal estaba en plena y vigorosa formacion, si bien las comunidades conservaban aun el derecho de elegir, ó por lo menos el de aceptar sus curas párrocos. Los innumerables obispos empezaban á ser, y en gran parte eran, los verdaderos soberanos de su grey en todo cuanto se rozaba con la moralidad y la religion; y ante ellos, ya desde antiguo, habian dirimido los cristianos sus cuestiones y litigios civiles en lugar de llevarlos ante los jueces y tribunales del Estado. El que entraba en el gremio cristiano era de hecho y desde aquel instante súbdito de su respectivo obispo en materia religiosa y civil, como lo era del emperador en materia política. En las provincias se reunian con frecuencia sínodos, que naturalmente daban una nueva importancia á los obispos como clase de superior jerarquía. Entre los mismos obispos empezaban á dibujarse diferencias jerárquicas notables, y entre los obispos de superior categoría que eran los metropolitanos en las capitales de provincia, gozaban de mayor consideracion aquellos cuya comunidad habia tenido por fundador directo ó indirecto ó un apóstol, como las de Jerusalen, Antioquia, Alejandría, Corinto, Tesalónica y sobre todo la de Roma, á cuyo obispo solian apelar ya en

el período de que tratamos y en cuestiones árduas de fe, de culto y de disciplina, los obispos de Galia, Africa, Siria y Egipto. Esto naturalmente fomentó en los obispos, no solamente la conciencia de su autoridad sino tambien el deseo de extenderla y hacerla independiente de toda otra, y abrió un nuevo horizonte á la ambicion cuando las aspiraciones militares á la púrpura imperial iban al parecer extinguiéndose. No faltaban tampoco entonces á la Iglesia los defectos inseparables de toda palestra de ambiciones, odios, intrigas, hipocresía y orgullo autoritario entre los obispos y pretendientes. La pureza primitiva de la Iglesia habia desaparecido en gran parte; muchos obispos daban que hablar con su vida mundana; el clero y los fieles se volvian frios é indolentes en su fe y en el cumplimiento de sus deberes religiosos; divergencias y sectas encendian la ira y dividian á sacerdotes y legos, y la concordia y humildad cristianas iban decreciendo rápidamente; pero todavía existia robusto el sentimiento de mancomunidad, que hacia olvidar las rencillas y los odios interiores en frente del paganismo enemigo y perseguidor.

Esta mancomunidad y esta union cuando se trataba del interés de todos, fué lo que mas cuidado dió á Diocleciano y á todas las personas observadoras partidarias del paganismo. El emperador absolutista comprendió que la iglesia cristiana era, dentro del Estado, otro Estado perfectamente organizado, cuyos miembros mas sufridos y pacíficos solo obedecian á la autoridad imperial cuando su conciencia cristiana no se oponia á ello, sin contar con que el número de los mas belicosos y fanáticos no era escaso. Es decir, que la iglesia cristiana era una colectividad en el seno del imperio, colectividad en cuya vida interior no tenia entrada la omnipotencia imperial; era una espina en la obra política de Diocleciano.

Durante la mayor parte de su reinado trató este emperador á los cristianos con mas benevolencia que hostilidad; en los primeros años, otros asuntos mas capitales y urgentes no le dejaron tiempo para profundizar cuestiones de orden interior que al parecer no apremiaban. Luego despues ocuparon su atencion las grandes reformas interiores; y cuando acaso pensó en la iglesia cristiana, vió que si en el año 296 pudo negar la existencia legal á la secta de los maniqueos, no podia tratar de la misma manera brutal á una religion que existia de hecho desde algunos siglos, y tambien de derecho desde el edicto de Galieno. A esta consideracion se agregaba la observacion notoria de que los cristianos eran los súbditos mas pacíficos, mas laboriosos y de mejor conducta. Todo esto habia reflexionado el emperador con su acostumbrada calma, discrecion y silencio, y entre tanto no solamente no los habia molestado sino que les habia hecho grandes mercedes; en Nicomedia les habia concedido permiso para construir una hermosa catedral; habia dispensado á funcionarios cristianos de la asistencia á los sacrificios del culto antiguo en las solemnidades oficiales; en la misma corte y casa del emperador no solamente habia esclavos sino tambien altos funcionarios cristianos, y la misma esposa é hija de Diocleciano, Prisca y Valeria, eran completamente adictas al cristianismo, aunque no formaban parte de la comunidad.

En semejantes condiciones, no era de admirar que los cristianos hubiesen concebido esperanzas de atraer al emperador completamente á su partido; pero si así fué, como parece en efecto, tuvieron un terrible desengaño. Diocleciano, despues de meditarlo todo, comprendió sin duda que para llevar á cabo la restauracion y salvacion permanente del imperio, base de toda su política, no quedaba mas alternativa que decidirse contra el cristianismo, como fuerza destructora de todo lo que constituia el genio romano antiguo, ó que